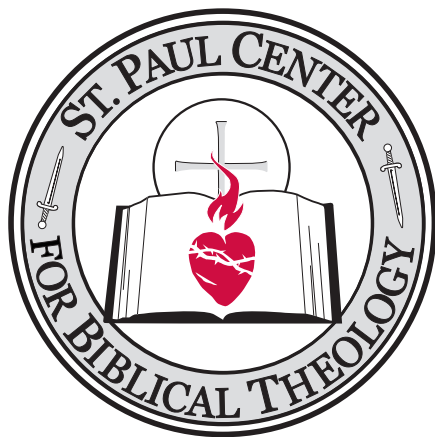


Al Partir el Pan

Reflexiones Bíblicas Sobre Las Lecturas De Las Misas Dominicales

3 de junio. La Santísima Trinidad



Publicación en español de la

**ST. PAUL CENTER
FOR BIBLICAL THEOLOGY**

President
Scott Hahn, Ph.D.

Editor
David Scott

Email:
office@SalvationHistory.com

Translators
Msgr. Richard Antall,
Andrés Jiménez

St. Paul Center
for Biblical Theology
2228 Sunset Blvd., Suite 2A
Steubenville, Ohio 43952-2204

Procesiones Gloriosas
Mons. José H. Gomez, S.T.D.
Arzobispo de San Antonio



Proverbios 8,22-31
Salmo 8, 4-9
Romanos 5,1-5
Juan 16,12-15

En la liturgia de hoy nos trasladamos a través del tiempo en una procesión gloriosa; desde antes que la tierra y el cielo estuvieran en su sitio, hasta la venida del Espíritu sobre la nueva creación: la Iglesia.

Empezamos en el corazón de la Trinidad, como escuchamos en el testimonio de la Sabiduría en la primera lectura de este día. Engendrado eternamente, el Unigénito de Dios se procede dinámicamente desde la eternidad en el deleite amoroso del Padre.

Por medio de Él se colocaron los cielos y se fijaron los cimientos de la tierra. Desde antes del principio, Él estaba con el Padre y era su “Artesano”, aquel por quien todo fue hecho. Y tuvo un deleite especial, nos dice, con la coronación gloriosa de su obra divina: la raza humana, los “hijos de los hombres”.

En el salmo de hoy, Él desciende desde el cielo, es hecho poco inferior a los ángeles y viene en medio de nosotros como el “Hijo del Hombre” (cfr. Hb 2,6-10).

Todas las cosas son puestas bajo sus pies, de modo que Él puede

restaurar para la humanidad la gloria a la que estaba destinada desde el principio, la misma que perdió con el pecado. Él experimentó la muerte para que pudiéramos ser levantados a la vida en la Trinidad, para que su nombre fuera glorificado en toda la tierra.

Mediante el Hijo, hemos ganado la gracia y el libre acceso al Padre en el Espíritu, como Pablo alardea en la epístola de hoy (cfr. Ef 2,18). El Espíritu, el Amor de Dios, ha sido derramado en nuestros corazones. Es un Espíritu de adopción que nos hace, una vez más, hijos del Padre (cfr. Rm 8,14-16).

Ese es el Espíritu que Jesús promete en el Evangelio de este día.

Su Espíritu nos viene como don divino y unción (cfr. 1Jn 2,27) para guiarnos a toda la verdad; para mostrarnos “las cosas que han de venir” (aquellas destinadas a ser desde antes de todos los siglos): para que encontremos paz y unión en Dios, que compartamos la vida de la Trinidad, y vivamos en Dios como Él en nosotros (cfr. Jn 14,23; 17,21).

Al Partir el Pan

Reflexiones Bíblicas Sobre Las Lecturas De Las Misas Dominicales

10 de junio. Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo



Publicación en español de la

**ST. PAUL CENTER
FOR BIBLICAL THEOLOGY**

President
Scott Hahn, Ph.D.

Editor
David Scott

Email:
office@SalvationHistory.com

Translators
Msgr. Richard Antall,
Andrés Jiménez

St. Paul Center
for Biblical Theology
2228 Sunset Blvd., Suite 2A
Steubenville, Ohio 43952-2204

Bendito y entregado
Mons. José H. Gomez, S.T.D.
Arzobispo de San Antonio



Génesis 14, 18-20
Salmo 110,1-4
1 Corintios 11, 23-26
Lucas 9,11-17

En el alba de la historia de la salvación, Dios reveló nuestro futuro mediante figuras. Sobre ello trata la primera lectura de hoy: un rey y sumo sacerdote viene de Jerusalén (cfr. Sal 76,3) y ofrece pan y vino para celebrar la victoria del amado siervo de Dios—Abrán—sobre sus adversarios.

Por medio de su ofrenda, Melquisedec consigue bendiciones divinas para Abrán.

Nos quiere mostrar también que un día recibiremos las bendiciones de Dios y también lo bendeciremos a Él; nos enseña cómo le daremos gracias por librarnos de nuestros enemigos, del pecado y de la muerte.

Como Pablo nos recuerda en la epístola de hoy, Jesús transformó el signo de pan y vino, haciéndolo signo de su Cuerpo y Sangre, mediante el cual Dios nos concede las bendiciones de su “nueva alianza”.

Jesús es el “sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec” de quien Dios jura - en el salmo de hoy- que regirá desde Sión, la nueva Jerusalén (cfr. Hb 6,20-7,3).

En el Evangelio de este día, con el milagro de los panes y peces,

Jesús prefigura nuevamente las bendiciones de la Eucaristía.

Notemos que Él toma el pan, lo bendice, lo parte y lo se lo da a los Doce. Las mismas palabras, en idéntico orden, aparecen en la Última Cena (cfr. Lc 22,19) y en la celebración de la Eucaristía que Jesús hace la primera noche de pascua (cfr. Lc 24,30).

La Eucaristía cumple la ofrenda de Melquisedec. Es el milagro diario obrado por el sacerdocio celestial de Jesús.

Cristo confiere a los Apóstoles el sacerdocio al ordenarles alimentar a la multitud; al llenar exactamente doce canastas con el pan sobrante; al mandarles, la noche que iba a ser entregado: “Hagan esto en memoria mía”.

Por medio de sus sacerdotes, Jesús sigue alimentándonos en el “desierto” de nuestro exilio en esta tierra. Y mediante este signo nos da la prenda de la gloria futura. Cada vez que participamos de su Cuerpo y Sangre, proclamamos que ha vencido a la muerte hasta el día en que venga de nuevo para hacer nuestra su victoria.

Al Partir el Pan

Reflexiones Bíblicas Sobre Las Lecturas De Las Misas Dominicales

17 de junio. 11º Domingo de Tiempo Ordinario



Publicación en español de la

**ST. PAUL CENTER
FOR BIBLICAL THEOLOGY**

President
Scott Hahn, Ph.D.

Editor
David Scott

Email:
office@SalvationHistory.com

Translators
Msgr. Richard Antall,
Andrés Jiménez

St. Paul Center
for Biblical Theology
2228 Sunset Blvd., Suite 2A
Steubenville, Ohio 43952-2204

Muchos pecados, gran amor
Mons. José H. Gomez, S.T.D.
Arzobispo de San Antonio



2 Samuel 12, 7-10.13
Salmo 32, 1-2, 5.7.11
Gálatas 2,16.19-21
Lucas 7,36-50

En las lecturas de este domingo podemos identificarnos con el rey caído, David, y con la mujer que llora a los pies de Jesús.

Como a David, el Señor nos ha rescatado del pecado y de la muerte, y nos ha ungido con su Espíritu en el bautismo y la confirmación. Nos ha hecho herederos de lo que prometió a los hijos de Israel.

Y como David y la mujer del Evangelio, caemos en pecado. Tal vez nuestros crímenes no son tan graves como los de David (cfr. 2 S 11,1-26) o los “muchos” de la pecadora (cfr. Lc 7,47), pero a menudo desperdiciamos el magnífico don de la salvación que se nos ha dado. Con frecuencia fallamos en el intento de vivir de acuerdo a nuestra gran vocación de ser hijos e hijas de Dios.

La buena noticia de las lecturas de hoy, la buena nueva de Jesucristo, es que podemos regresar a Dios en el sacramento de la confesión. Cada uno de nosotros puede repetir las maravillosas palabras que Pablo nos dice en su Epístola esta semana: “El Hijo de Dios me amó y se entregó por mí”.

Nuestra fe nos salvará, como

Jesús le dice a la mujer hoy, sin importar cuántos pecados tengamos ni qué tan graves. Si venimos a él con verdadero dolor y arrepentimiento, escucharemos sus palabras de perdón como David y como la mujer del Evangelio de este domingo.

En la primera lectura escuchamos la sincera confesión de David. También el salmista confiesa sus pecados a Dios. Y en el Evangelio, escuchamos las tiernas palabras de misericordia y perdón de nuestro Señor.

Cristo, mediante su palabra sanadora y su promesa de paz, nos hace capaces de encontrarlo en la mesa del banquete eucarístico.

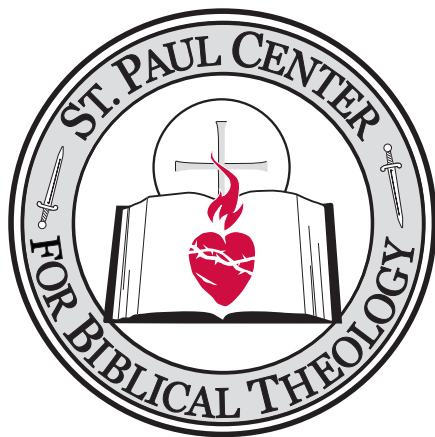
No podemos ser como el fariseo del Evangelio. Nunca deberíamos despreciar al pecador ni dudar del poder de Dios para convertir incluso a los peores pecadores.

Por el contrario, deberíamos comprometernos hoy a imitar a esa mujer pecadora. Agradecidos por la deuda que se nos ha perdonado, prometamos vivir solamente por la fe y solo por Dios. Como ella, dediquemos nuestras vidas a servirle con gran amor.

Al Partir el Pan

Reflexiones Bíblicas Sobre Las Lecturas De Las Misas Dominicales

24 de junio. Natividad de Juan el Bautista



Publicación en español de la

**ST. PAUL CENTER
FOR BIBLICAL THEOLOGY**

President
Scott Hahn, Ph.D.

Editor
David Scott

Email:
office@SalvationHistory.com

Translators
Msgr. Richard Antall,
Andrés Jiménez

St. Paul Center
for Biblical Theology
2228 Sunset Blvd., Suite 2A
Steubenville, Ohio 43952-2204

Que Él crezca

Mons. José H. Gomez, S.T.D.
Arzobispo de San Antonio



Isaías 49,1-6
Salmo 139, 1-2.13-15
Hechos 13,22-26
Lucas 1,57-66.80

En el Evangelio de esta semana, la gente está atemorizada y sorprendida por los misteriosos acontecimientos que rodean el nacimiento de Juan.

Sólo sus padres, Isabel y Zacarías, saben lo que será este niño.

Juan el Bautista fue moldeado en secreto, fue tejido por Dios en el vientre materno, como cantamos en el salmo de este domingo. Desde el seno de su madre fue apartado, fue formado para ser un servidor de Dios, como declara Isaías en la primera lectura.

Toda la narración del nacimiento de Juan está marcada con ecos del Antiguo Testamento, sobre todo de la historia de Abraham. Dios se le apareció a Abraham y le prometió que su esposa le daría un hijo. Él anunció el nombre de su hijo y el rol que Isaac jugaría en la historia de la salvación (cfr. Gn 17,1.16.19).

Lo mismo les pasó a Zacarías y a Isabel. Dios, por medio de su ángel, anunció el nacimiento de Juan a esta pareja de justos pero estériles. Les hizo llamarlo con un nombre especial y les dijo el papel singular que Juan desempeñaría en el cumplimiento de su plan en la historia (cfr. Lc 1,5-17).

Como dice Pablo en la segunda lectura de hoy, Juan estaba destinado a ser heraldo del cumplimiento de todas las promesas de Dios a los hijos de Abraham (cfr. Lc 1,55.73). Iba a traer la palabra de salvación a todo el pueblo de Israel. Más aún, iba a ser una luz para las naciones, para todos aquellos que, a tientas, buscaban a Dios en la oscuridad.

Frecuentemente asociamos a Juan con su fuerte predicación (cfr. Mt 3,7-12). Pero en el corazón de su misión había una profunda humildad. Pablo alude a ello cuando cita sus palabras, mencionando que no se consideraba digno de desatar las sandalias de Cristo.

Juan dijo de Cristo: “Es preciso que él crezca y que yo disminuya” (Jn 3,30).

Debemos tener esa misma actitud en nuestro seguimiento de Jesús. El arrepentimiento que Juan predicó consistía en un alejamiento del pecado y del egoísmo, y una conversión total de nuestros corazones a Dios.

Debemos disminuir para que, como Juan, podamos crecer fuertes en el Espíritu, hasta que Cristo se manifieste en cada uno de nosotros.